

UN PAPÁ AL ESTILO IRAK

Diego Agudelo Córdoba

*Solo puedes tratar a un niño según te han hecho a ti mismo,
con dureza, gritos y cólera, y en tu caso este trato te parecía además muy apropiado...*

Franz Kafka

Apenas a los cinco años de vida, Jerónimo es remitido a consulta profesional, en este caso, a donde un psicoanalista, por su respuesta inadecuada a lo que los patrones de convivencia de su colegio y de la cultura esperan de él a su corta edad. A pesar de caracterizarse por ser un niño con altas cualidades intelectuales, su agresión a los compañeros sin razón aparente estaba complicando su permanencia en el colegio, además de marginarlo del vínculo con sus amiguitos que ya le temían.

Es la abuela quien inicialmente visita la Corporación Ser Especial por sugerencia de la institución educativa en la que su nieto cursa el grado transición. Dice ella que informará a los padres de Jerónimo del tratamiento que en Ser Especial se le ofrecería al niño. Un mes después la misma abuela llama a solicitar el inicio del tratamiento.

Jerónimo es el mayor de dos hermanos, hijos de padres militares que les dedican muy poco tiempo por motivos laborales, según argumentan madre y abuela. Por esta razón, quien ha estado bajo el cuidado de los pequeños ha sido esta última.

En el primer encuentro con este pequeño genio del fútbol, me cuenta que viene donde mí porque “me porta mal en el colegio”. Al preguntarle de qué manera se porta mal dice: “le pego a mis amiguitos”. En su decir señala que les pega cuando ellos lo molestan y que a veces sin motivo. Esto último lo hace porque, agrega el niño, “me da mucha rabia y no se por qué, y a la profesora le invento que ellos me molestaron”. Es de anotar que no se le ve muy afectado por ello, parece simplemente estar suministrando una información.

Esta descripción del niño verifica lo planteado en la remisión del colegio por medio de la cual solicitan un proceso de intervención profesional, motivo por el que los padres, por medio de la abuela, solicitan un diagnós-

tico. Así es como llega Jerónimo a los servicios especializados que ofrece la Corporación Ser Especial.

Desde la perspectiva bajo la cual se abordan los casos clínicos en Ser Especial —el psicoanálisis— no se establece un diagnóstico del tipo esperado por la mayoría de personas e instituciones en el mundo actual. Es decir, un diagnóstico con una categoría presente en el DSM IV R (Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales Versión cuatro revisada). Lo anterior, en razón a que desde la teoría psicoanalítica unos fenómenos específicos no se corresponden con un diagnóstico dado, manera ésta como opera la ciencia médica y algunas psicologías. Desde este paradigma, hay una relación directa entre síntomas y diagnóstico, muchas veces mediados por instrumentos técnicos como exámenes o pruebas; por ejemplo, las neuropsicológicas - tan de moda en nuestros días - que privilegian la capacidad del evaluado para responder a los imperativos sociales, sobre el sufrimiento que le pueda estar habitando y pueda a su vez ser la causa de la situación problema.

A diferencia de lo anterior, la clínica psicoanalítica pretende saber sobre la lógica que subyace a los fenómenos observables objetivamente, buscando saber de su historia y del porqué de aquello que interfiere la tranquilidad del transcurrir de la vida de un sujeto. Esto implica la imposibilidad de establecer relaciones estándar entre síntomas y diagnóstico, modelo que clasifica

a un sujeto según las enfermedades vigentes o, tal vez, *de moda*, manera de proceder que no da lugar a una mirada a lo singular. Desde la orientación psicoanalítica, los síntomas no remiten a un diagnóstico sino a una historia particular y única, así como sus efectos en el psiquismo, definiendo éste como una condición humana que escapa a lo tangible de lo biológico, producto de la historia personal y que determina la manera como cada persona se enfrenta a la realidad.

Es por lo precedente que en ningún momento hubo en Ser Especial interés por pensar a Jerónimo a la luz de diagnósticos como: Trastorno negativista desafiante o trastorno disocial. Además surge la pregunta, ¿para qué podrían servir? Creo que para asignarle un estigma con el cual cargaría toda su vida, sumado a la exclusión, la medicación y sus respectivas consecuencias biológicas y psíquicas. El interés se centró en saber sobre la historia de Jerónimo y no sólo sobre su agresividad. La pretensión ha sido saber de su funcionamiento psíquico, del que proviene una rabia para él inexplicable, que desfoga sobre sus compañeros de grupo.

La entrevista con los padres que es de vital importancia, se solicitó desde el principio, pero la particularidad de la dinámica familiar constituida a partir de la posición subjetiva y del síntoma de los padres y no de los horarios laborales, sólo permitió un encuentro con la madre casi dos meses después de iniciado el tratamiento. El

padre de Jerónimo está en Irak y lo programado es que se quede en ese país por dos años. Hace 3 años ya había estado allí durante tres meses.

De la entrevista con esta mujer de aspecto amable y cortés pero algo ausente, obtengo elementos importantes para saber algo de la vida de Jerónimo, algo más allá de que es un niño que golpea a sus compañeros sin ninguna razón aparente. De su hijo puede decir: *Su agresividad es de sangre. Mi esposo es de mal genio e impulsivo; igual su padre que fue quien lo crió, pues se lo quitó a la mamá y le impidió desarrollarse como niño, por eso él se fue de la casa a los 15 años. En nuestro hogar no somos de violencia. Nosotros estamos separados hace un año, tuvimos peleas fuertes pero nunca llegamos a los golpes y nada de esto ocurrió en presencia del niño. Jerónimo reclama y sugiere que volvamos, que estemos juntos. Al papá le corre cuando da una instrucción, a mí y a la abuela no. Hace todo lo que el papá dice. Jerónimo dice que ahora que no está el papá él es el hombre de la casa. El papá dice que no se preocupa por Jerónimo porque ya lo formó; éste fue uno de los motivos de la separación, pues él dice que a los niños hay que infundirles miedo para que después pasen al respeto. Yo me pregunto, dice la madre de Jerónimo, ¿dónde queda el amor?*

En las sesiones, Jerónimo se dedica a jugar al fútbol, me invita y narra nuestro juego con emoción y pasión,

empleando el nombre de los futbolistas más representativos del fútbol nacional y mundial, con sus respectivos equipos. De esta manera logro instalar el vínculo que en psicoanálisis recibe el nombre de transferencia, y que es el que posibilita el proceso analítico. En este juego me hace algunos goles no legales, yo no digo nada pero es él mismo quien dice “ese no vale, yo perdí”. Esto último en oposición a lo que ocurre en el colegio, donde no soporta perder. Vemos aquí en el niño otras formas de hacer vínculo.

En nuestros encuentros, además del fútbol, toma unos bloques lógicos con los cuales construye algunas figuras y me invita a que adivine qué son. Siempre me informa sobre cómo estuvo en el colegio; me dice: “hoy me porté bien”, “hoy me porté mal”. También nombra: “hice un intento de no pegarle a mis amiguitos y me aguanté la rabia”. En el juego de las adivinanzas le señalo: “Jerónimo juega a que Diego adivine cosas que él hace”. Me responde: “adivina qué... Tengo una tristeza que va más lejos que Plutón... Esa tristeza es porque mi papá no vive con nosotros”. En ese momento termino la sesión, con el fin de marcar una discontinuidad en el decir del paciente y subrayar aquello que nombra algo importante de su ser, que fue llamado por Lacan palabra plena. A lo otro de sus dichos le llamamos palabra vacía.

En nuestro siguiente encuentro, en medio del juego de fútbol y sus apasionadas narraciones sobre lo que

acontece en el mismo, siguiendo la línea de los mejores narradores, le pregunto por su padre. Me dice, “lo extraño mucho, se fue para Irak a la guerra, a pelear”. Le pregunto más sobre él y sus palabras son: “me pega por todo, digo cualquier cosa, hago cualquier cosa y pum, un golpe, me pega al estilo Irak... o mejor, al estilo ataque Irak y no sé por qué”. Las cosas que extraña del padre son: “que me haga estar ordenado en la mesa, en la casa, con la ropa y con todo”. Recordé la madre que me decía que Jerónimo siempre estaba con la camisa por dentro, seguía fielmente las órdenes del padre.

Además de seguir las órdenes, es evidente que también sigue al padre en otras cosas, se ha identificado con su manera de hacer vínculo, con su manera de gozar en una relación al otro mediada por la agresión, le pega a los amiguitos y no sabe por qué, así como el papá le pega por todo a él y Jerónimo no sabe por qué; además dice *ahora que él no está yo asumo su lugar*. Jerónimo cuenta con una versión de padre cuya misión es infundirle miedo y agredir como el mismo niño lo dice: *por todo*. En ningún momento aparece este hombre en la vida de su hijo como un referente de afecto o de algo diferente a dar órdenes y golpear. Sin embargo, eso le hace falta a Jerónimo, es su padre, y lo extraña.

En reunión con la psicóloga y la docente del colegio, se logra comprender el porqué de las agresiones de este pequeño. Impotentes ante el fracaso de los llamados

de atención y las constantes notificaciones a la familia del niño sobre sus actos de violencia, la exclusión de la institución educativa ya se empezaba a nombrar, pues la afectación a los demás niños estaba generando dificultades con los padres de familia.

Con su manera de habitar la comunidad escolar, Jeróni-mo recupera la presencia del padre, en la única versión que conoce y que puede concebir ya que no ha contado con otra opción. Después de la agresión, es él mismo quien le recuerda a la maestra enviar la anotación a la casa. Cuando el padre estaba en la ciudad, obviamente iba y le castigaba físicamente. Ahora que está en el exterior, lo llama telefónicamente y ya podemos ima-ginar sus palabras. Vemos a Jerónimo recuperando a su padre día a día.

En esta historia familiar encontramos un niño sacrifi-cado como objeto en lo real, cuya respuesta ha sido la identificación a ese goce del padre. A esto se le suma una madre que no instala otro referente que ponga lí-mite a esta completud de su esposo, que se siente con la misión cumplida al someter a su pequeño al régimen militar que atraviesa su propia historia. Es decir que el padre se satisface con ese exceso y maltrato a su hijo, quedando éste sin opción, ya que ese padre representa un todo para él. La solución de la madre fue separarse del padre en cuanto a la presencia física, pero ella siempre

ha estado separada del vínculo establecido entre padre e hijo, así como de sus efectos. Separada también de su hijo tras el velo de sus ocupaciones laborales, lo deja siempre bajo el cuidado de otra persona, autorizando la manera como su hijo se está vinculando al mundo. Recordemos que sólo dos meses después de convocada, logra asistir a un encuentro con el psicoanalista que está atendiendo a Jerónimo. Logra preguntarse “¿y del amor qué?”, pues es claro que también está separada de él. La pregunta la refiere al padre y no a ella, una madre ausente en su deseo frente a un hijo atrapado en un vínculo y un estrago *al estilo Irak*, del cual ella también hace parte. Recordemos que aunque no está en Irak, es militar; aunque no golpea a su hijo, permite que sea golpeado. ¿Y del amor qué? Yo respondo: *nada*.

La sugerencia que realizo al equipo profesional del colegio es no responder de la manera esperada por Jerónimo. Por eso ahora ante sus actos violentos se queda con el cuaderno en la mano esperando la nota para su familia. Sin agresión verbal ni física, en la vida escolar este pequeño se está sorprendiendo con otras formas de tener consecuencias, de ser llamado a la norma y de recibir algo del Otro. Es posible que empiece a recibir algo del orden del amor.

En esta historia podemos observar que desde la niñez el encuentro con el mundo es algo complejo que se torna muchas veces triste, angustiante y sin un horizonte claro y prometedor. La idea de un mundo feliz, amable,

tranquilo, de fácil acceso al éxito, es una utopía en la que muchos de los seres humanos intentan sumergirse para mantenerse siempre en un sueño de fácil felicidad. Es éste el punto de partida de las ideologías que pro-mueven fórmulas para la felicidad, para el éxito en los negocios, para el amor y para ser mejores padres. De esta manera en la cultura se instala una defensa en la cual se vela el constante desencuentro con la vida, em-pleando referentes que aunque sólo existen en el ideal, logran mantener una supuesta tranquilidad en algunos seres humanos.

Esta concepción del mundo está orientada por un precepto de ser humano guiado por la razón, un ser amo de sí mismo. Por ello se promueven ejercicios, lecturas y actividades que invitan a un pensamiento positivo y de esperanzas frente a los no pocos casos que hacen parte ineludible de la corta existencia, que siempre se encarga de demostrar que a pesar de la voluntad, los libros leídos, las conferencias o los buenos propósitos, el ser humano se conduce a partir de unas lógicas que están en lo más íntimo de su ser, por fuera de cualquier intención racional.

Quitando el velo del “todo es posible si te lo propones”, e intentando dirigir la mirada de forma detallada a la cotidianidad humana, se puede observar con facilidad que la tan anhelada felicidad no se consigue de manera fácil, y que del desencuentro no es posible escapar, ni siquiera recién llegado a la vida. Desde la niñez, y más

aún en la contemporaneidad, es evidente la no correspondencia entre la manera en que los niños se instalan en el mundo y lo que los demás esperan de ellos.

La adecuada convivencia entre los integrantes de la especie humana no es algo natural o instintivo; de forma paradójica, la propia naturaleza del hombre es la principal enemiga de la sana convivencia. Jerónimo lo experimenta día a día. No somos seres en los que predomina la razón, nuestra manera de existir no está determinada por nuestras intenciones sino por nuestro psiquismo, que nos es desconocido. Es por eso que Jerónimo aunque se ha propuesto muchas veces no golpear a sus compañeros, no lo logra, y no sabe por qué. No es amo de sus actos.

Para la inscripción de cada ser humano en la cultura, para que acceda a la civilización, debe ocurrir una operación en el psiquismo. Debe inscribirse en su funcionamiento psíquico una ley que permita que el sujeto pueda vivir su existencia bajo la lógica del no todo. Es decir, para que esta ley se instale, es necesaria una pérdida del estado de completud y de la lógica del placer bajo la cual existe un ser humano en sus primeros encuentros con el mundo.

Esta ley primordial es transmitida por lo que en psicoanálisis llamamos el Nombre del Padre, lo que no quiere decir que sea representado por el padre biológico. Puede aparecer por medio del padre, la madre, o algo que

provenga del mundo humano. El Nombre del Padre es lo que regula, recorta, pone límite. Produce la llamada Función Paterna que cuando se inscribe en el niño se convierte en Metáfora Paterna, porque ya el sujeto no requiere de la presencia concreta de lo que operó como Nombre del Padre para estar atravesado por la Ley.

En las últimas décadas podemos constatar la falta de límite en niños y adolescentes, la ausencia de referentes sociales y culturales que regulen la condición humana, sumada a la debilidad, imposibilidad o inconsistencia en los padres para instalar la Ley, ha generado serias dificultades en la vida de no pocos de los miembros de las últimas generaciones. Aunque es válida y necesaria la promoción del no maltrato a los sujetos niños, es cierto que esto se ha llevado al extremo, razón por la cual se ha interpretado que a los niños no se les debe poner límite, lo que ha traído como consecuencia el recrudecimiento de fenómenos como la transgresión, la depresión y el suicidio, entre otros.

Es necesario rescatar el lugar a la Ley, a la presencia de los padres como garantes de la inclusión de los niños en la lógica del no todo, es decir, posibilitar en los infantes el paso de estar regidos por el principio del placer a la existencia bajo el principio de realidad, que implica el reconocimiento de los derechos de los semejantes, que no todo es posible, y que se vive bajo el condicionamiento y la regulación de los límites.

Lo anterior no es equivalente a lo que ocurre a muchos niños como Jerónimo. La Ley no es el castigo o el maltrato. Es algo que se transmite en el día a día, en cada acercamiento y en cada contacto con esos seres que apenas inician la vida. El padre de Jerónimo ha dejado huellas en el psiquismo de su hijo que no lo han inscrito en la colectividad de la mejor manera. Su posición lo que ha dejado en el pequeño ha sido un estrago, donde está atrapado con impresiones en su psiquismo bajo las cuales quiere instalar en su colegio el mismo régimen militar que tanto conoce, obteniendo además de esta forma, el retorno de algo del padre que extraña porque es lo único que conoce de él. Su madre no aparece por ningún lado, está completamente des-responsabilizada de la situación de su hijo, convencida de que la culpa es la sangre que comparte con su padre. Jerónimo no habla de ella, parece que no tiene nada que decir.

Espero que en el dispositivo clínico que acabo de iniciar con esta mujer, pueda decir y construir algo sobre su ser de madre y que en la vida de su hijo aparezca algo de la respuesta a la pregunta que ella alguna vez dejó planteada: ¿dónde queda el amor?